

Dom

26 Sep

Homilía de XXVI Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Lo que sembremos será nuestra recompensa en la vida”

Introducción

Las lecturas de hoy nos muestran el gran peligro que conlleva el egoísmo: la destrucción del elemento más importante de la creación de Dios, el ser humano.

Esto es algo que irrita tremendamente a Jesús, que además advierte de que la consecuencia de nuestro egoísmo repercute directamente en nosotros ya que nos priva de lo que verdaderamente puede hacernos plenamente felices: el compartir lo que tenemos y lo que somos por puro amor.

Todos estamos conectados por el mismo Espíritu que nos creó, y todos tenemos la libertad de hacer que esos lazos fructifiquen de forma positiva uniéndonos como la gran familia de Dios (aumentando la solidaridad, la justicia, la caridad que nos hermana...), o de forma negativa separándonos (favoreciendo el egoísmo, la injusticia, el dolor... que acaban aislándonos en nuestra propia miseria desheredándonos).

Sólo desde el nuevo Reino de Dios que predica Jesús con el ejemplo de su vida compartida y entregada hasta el extremo, es posible restaurar las situaciones de injusticia, esclavitud, hambre, persecución, sufrimiento en definitiva, que impiden que se cumpla el proyecto último de Dios: la plena realización y felicidad de todos.



Fr. Samuel Leiva O.P.

Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Amós 6, 1a. 4-7

Esto dice el Señor omnipotente: «¡Ay de aquellos que se sienten seguros en Sion, confiados en la montaña de Samaría! Se acuestan en lechos de marfil, se arrellanan en sus divanes, comen corderos del rebaño y terneros del establo; tartamudean como insensatos e inventan como David instrumentos musicales; beben el vino en elegantes copas, se ungen con el mejor de los aceites pero no se conmueven para nada por la ruina de la casa de José. Por eso irán al destierro, a la cabeza de los deportados, y se acabará la orgía de los disolutos».

Salmo

Salmo 145, 7. 8-9a. 9bc-10 R/. Alaba, alma mía, al Señor.

El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos. R/. El Señor abre los ojos al ciego, Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos. El Señor guarda a los peregrinos. R/. Sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 6, 11-16

Hombre de Dios, busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna, a la que fuiste llamado y que tú profesaste noblemente delante de muchos testigos. Delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Cristo Jesús, que proclamó tan noble profesión de fe ante Poncio Pilato, te ordeno que guardes el mandamiento sin mancha ni reproche hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, que, en el tiempo apropiado, mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad, que habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A él honor y poder eterno. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 16, 19-31

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue enterrado. Y, estando en el infierno, en medio de los

tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo: “Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”. Pero Abrahán le dijo: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado. Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieran cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros”. Él dijo: “Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengán a este lugar de tormento”. Abrahán le dice: “Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen”. Pero él le dijo: “No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán”. Abrahán le dijo: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto”».

Pautas para la homilía

La lectura del Evangelio, nos sitúa ante la pregunta de: ¿Qué nos ocurrirá tras la muerte? Pues bien, no lo sabemos. Y tampoco lo sabían los autores de las Escrituras Sagradas. Ni siquiera Jesús desde su plena humanidad podía saberlo, ya que eso habría sido “jugar con ventaja”, con información y conocimiento privilegiado. Pero lo que está claro es que ni a Jesús, ni a los evangelistas, ni a nosotros hoy, nos resultaría fácil aceptar que Dios pudiera equiparar tras la muerte (del modo que fuere) al rico despreocupado sin misericordia, con el pobre que pide humillado a su puerta. Algo dentro de nosotros clama justicia y exige explicación.

Ahora ya desde nuestro momento, desde nuestra teología, desde nuestro diálogo amistoso con las culturas, podemos identificar ese clamor como un lugar teológico en el que Dios habla y se manifiesta con claridad a través de la historia.

Tal vez hoy estemos en mejores condiciones que ayer, para poder captar la imagen en la que se nos revela Dios, que no actúa desde la venganza, ni condena como creían los judíos o los cristianos de épocas pasadas (con la imagen del Pantocrátor en los ábsides de sus iglesias).

La Teología descubre hoy a un ser humano imagen y semejanza de Dios, al que se le encarga dar nombre y continuar la obra del Padre - Madre de la Creación. Un ser humano en el que Dios descarga plenamente su poder, de modo que aquel ya no puede como antes culpar de nada de lo ocurrido a Dios, sino que es responsable tanto de lo que hace por mejorar el mundo, como de lo que no hace, como en el caso de nuestro rico inmisericorde.

En eso consiste la encarnación. Dios se hizo plenamente humano en Jesús de Nazaret, para desvelarnos su manera de abajarse (su kénosis), su forma de estar presente mediante su Espíritu en nuestra propia humanidad.

De ahí que cuando hacemos el bien, hacemos visible a Dios en el mundo y saciamos una sed de la que apenas somos conscientes, nuestra sed de felicidad, o sed de Dios, lo cual nos realiza y nos identifica como hijos e hijas suyos herederos de su proyecto.

Ya nos decía también Jesús que hay mayor dicha en el dar que en el recibir, como nos recuerda San Pablo (en hch 20,35) porque el que da se permite obrar desde la caridad a imagen y semejanza de Dios y eso le otorga una felicidad profunda que toca lo más auténtico de su ser.

Del mismo modo, el que cierra sus ojos y sus entrañas al dolor y al sufrimiento de su prójimo, se cierra él mismo la puerta del Reino de Dios, la puerta de la felicidad, porque no permite que Dios se manifieste en y a través de su vida. Y eso no es ninguna venganza de Dios, sino la consecuencia de su obrar equivocado.

En cuanto a los pobres (un grupo especialmente querido por Jesús dentro de todos los marginados y excluidos por la Ley judía), hoy estamos en mejores condiciones que los judíos para comprender que ellos son un lugar teológico en el que Dios se manifiesta. Es un gran paso el que dio Jesús, cuando afirmó a propósito del Dios justiciero de la retribución, que esa no podía ser la forma de obrar de Dios. Así en el Evangelio de Juan, ante la pregunta de quién pecó para merecer nacer ciego, su respuesta fue:

“Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios” (Jn 9,2-3).

Como dice San Pablo en la segunda lectura: “practica la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza...” y serás “un hombre de Dios”, y como consecuencia “conquistarás la vida eterna a la que fuiste llamado”.

Descubrirnos como parte del proyecto de Dios abre nuestra mirada sobre el mundo y nos llena de un nuevo sentido, que antes nos pasaba desapercibido y que ahora nos ayuda a descubrir la huella de bondad y amor en todo lo que nos rodea.

Y desde ese Espíritu, es de donde surge en nosotros la alegría, el agradecimiento y la alabanza a Dios, como se expresa en el salmo responsorial, “alaba alma mía al Señor”. Porque nuestro Dios es fiel y no nos abandona, porque nos ha devuelto la esperanza, porque podemos confiar en Él y podemos estar seguros de que siempre nos bendecirá con su Gracia a pesar de nuestra debilidad, de nuestras luchas diarias y de nuestras cruces cotidianas.



Fr. Samuel Leiva O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Evangelio para niños

XXVI Domingo del tiempo ordinario - 26 de septiembre de 2010



El pobre Lázaro y el rico Epulón

Lucas 16, 19-31

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: - Había un rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham. Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno, en medio de los tormentos, vio de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno, y gritó: - Padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas. Pero Abraham le contestó: - Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro a su vez males; por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros. El rico insistió: - Te ruego entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento. Abraham le dice: - Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen. El rico contestó: - No, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán. Abraham le dijo: - Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto

Explicación

Muchas personas en nuestro tiempo sufren mucho por culpa de el endurecimiento de corazón que padecemos. Ya ocurría en tiempo de Jesús. Y para denunciarlo Jesús dijo una parábola que les dejó sorprendidos : Un hombre rico vivía espléndidamente : comía, bebía, vestía y disfrutaba mucho. A su puerta, un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas y heridas, estaba muerto de hambre, y nadie le hacía caso. Se murieron los dos. Lázaro fue llevado al cielo, a la vida. El hombre rico fue al infierno, a la muerte. Quedaron separados por una distancia enorme, insuperable: la misma que, durante la vida, había entre ellos por la insensibilidad y la dureza de corazón de aquel hombre cegado por los lujos y grandezas.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:

Jesús: Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba espléndidamente cada día.

Niño 1: Y ¿qué pasó después?

Jesús: Un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico.

Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas.

Sucedió que se murió el mendigo, y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham.

Niño 2: Sigue, maestro, que me tienes en ascuas.

Jesús: Se murió también el rico, y lo enterraron. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno, y gritó:

Rico: Padre Abraham, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas.

Pero Abraham le contestó:

Niño 1: Mírale... Ahora se acuerda de Lázaro, cuando no le había dado ni una migaja para comer.

Abraham: Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros.

Rico: Padre Abraham, insisto. Te ruego, entonces, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento.

Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen

Rico: No, padre Abraham. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán.

Abraham: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández